

# CONTINGENCIA Y DETERMINACIÓN EN LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA DE MICHAEL MANN. LOS CASOS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y EL ASCENSO DEL FASCISMO

---

ESPACIO ABIERTO

**JORGE OROVITZ SANMARTINO - [jorgeorovitz@gmail.com](mailto:jorgeorovitz@gmail.com)**  
*Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Argentina.*

ARK CAICYT: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s16668979/r7zu2c7ia>

DOI: <https://doi.org/10.62174/arg.2025.10834>

FECHA DE RECEPCIÓN: 7-11-2024

FECHA DE ACEPTACIÓN: 24-6-2025

## **Resumen**

El artículo explora la teoría del sociólogo anglo-norteamericano Michael Mann tomando como punto de referencia eventos como la Primera Guerra Mundial y el ascenso del fascismo. Mann rechaza el determinismo económico, así como cualquier fundamento último en la explicación social, y plantea, mediante su 'teoría del embrollo', que estos eventos fueron producto de una interacción compleja entre redes de poder.

Su enfoque multicausal permite una comprensión más matizada de cómo operan las estructuras de poder en situaciones de crisis, como las que se dieron durante la Primera Guerra Mundial y el ascenso del fascismo. Al incluir redes militares e ideológicas junto a las económicas y políticas (modelo IEMP), Mann permite analizar fenómenos históricos de forma integral, proporcionando herramientas para captar la complejidad de las interacciones de poder más allá de los enfoques economicistas o estructuralistas.

Sin embargo, el artículo también examina las ambivalencias en el pensamiento de Mann. Al rechazar explicaciones sistemáticas y teorías macro, su obra vacila hacia el lado empírico, debilitando la exigencia de identificar ciertos patrones de dominancia, aunque estos patrones puedan ser provisorios y nunca completamente cerrados.

Palabras clave: Michael Mann, teoría social, poder, contingencia, fascismo

848

## CONTINGENCY AND DETERMINATION IN MICHAEL MANN'S HISTORICAL SOCIOLOGY: THE CASES OF WORLD WAR I AND THE RISE OF FASCISM

---

### **Abstract**

The article explores the theory of Anglo-American sociologist Michael Mann, using as a reference the cataclysmic events of the 20th century, particularly the First World War and the rise of fascism. Mann rejects economic determinism and any ultimate foundation in social explanation, proposing instead, through his "theory of the mess," that these events were the result of a complex interaction between power networks.

Mann makes a valuable contribution by broadening the field of sociology and rejecting unidimensional explanations that underestimate the diversity of factors at play. His multi-causal approach allows for a more nuanced understanding of how power structures operate in times of crisis, such as those seen during the First World War and the rise of fascism. By including military and ideological networks alongside economic and political ones (the IEMP model), Mann enables a comprehensive analysis of historical phenomena, providing tools to capture the complexity of power interactions beyond economistic or structuralist approaches.

However, the article also examines the ambivalences in Mann's thought. By rejecting systematic explanations and macro theories, his work leans toward the empirical, weakening the demand to identify certain dominance patterns, even if these patterns may be provisional and never fully closed.

Keywords: Michael Mann; social theory; power; contingency; fascism

849

### **I. Introducción**

La teoría del poder del sociólogo angloamericano Michael Mann, desarrollada en su monumental obra *The Sources of Social Power*, publicada en cuatro volúmenes (1986, 1993, 2012, 2013), es una de las perspectivas más influyentes en la investigación contemporánea sobre el poder. El autor dedicó gran parte de su esfuerzo intelectual a investigar las relaciones de poder social, plasmando sus ideas en esta serie que recorre la historia de las sociedades humanas. Su teoría considera que el análisis del proceso histórico se enriquece al examinar cuatro redes de poder fundamentales: el ideológico, el económico, el militar y el político. Estos tipos de poder, concebidos como "tipos ideales" en el sentido weberiano (Weber, 2014, p. 299; p. 388), se entrecruzan en contextos sociales específicos y cristalizan en instituciones variables según las distintas fases de desarrollo histórico. La teoría del poder de Michael Mann, en gran parte influido por los aportes de Weber y Marx,

ofrece un enfoque en sociología histórica que facilita un análisis flexible tanto para el estudio de procesos históricos amplios como para el abordaje de problemas específicos. En su obra, Mann combina frecuentemente el rigor académico con un compromiso político y normativo, particularmente al examinar los eventos traumáticos del siglo XX.

En este trabajo proponemos tomar como punto de referencia dos eventos históricos de gran envergadura, como la Primera Guerra Mundial y el ascenso del fascismo, que nos permiten destacar el poder analítico del enfoque multicausal de Michael Mann en comparación con otros enfoques más deterministas. A través de estos casos, que son desarrollados en el tercero y cuarto tomo de su obra fundamental *Las fuentes de Poder Social*<sup>1</sup>, examinamos cómo su teoría aborda la interacción compleja entre diversas redes de poder, lo cual aporta una visión rica y matizada de las fuerzas en juego en estos procesos históricos. Finalmente, discutimos los aportes originales de Mann, así como las vacilaciones y ambigüedades que surgen en su intento de capturar la multiplicidad de factores en contextos de alta complejidad y transformación social.

850

A través de su 'teoría del embrollo', Mann sostiene que fenómenos como la guerra y el fascismo pueden entenderse mejor desde una perspectiva multicausal, donde diversas redes de poder —económicas, políticas, militares e ideológicas— se entrelazan de manera contingente. Esta visión desafía las nociones tradicionales de

---

<sup>1</sup> Michael Mann publicó en 1986 el primer tomo de *Las fuentes del poder social* (Mann, 1991), un grueso volumen con el que inició una monumental obra de sociología histórica sobre el poder, desde la Mesopotamia hasta 1760, pasando por los imperios de dominación, como Asiria y Persia, las civilizaciones descentralizadas de fenicios y griegos, el imperio territorial romano, el mundo cristiano y el surgimiento del capitalismo. En el primer tomo, Mann anunciaba la continuidad de la saga con otro volumen sobre el desarrollo de las clases y los Estados nacionales hasta 1914, que se publicó en 1993 (Mann, 1997). Aparecerían luego *Global empires and revolution, 1890–1945*, publicado en 2012 (Mann, 2012), y el Volumen 4: *Globalizations, 1945–2011*, publicado en el año 2013 (Mann, 2013). En el ínterin de su segundo y tercer volumen, publicó *Incoherent Empire* (2003), *Fascists* (2004) y *The Dark Side of Democracy* (2005).

causalidad lineal, y ofrece una comprensión más rica de los procesos históricos que marcaron el siglo pasado.

En este sentido, el objetivo de este artículo es doble: por un lado, exponer y analizar la concepción multicausal de Mann a partir de los casos históricos de la Primera Guerra Mundial y el ascenso del fascismo, destacando cómo su teoría combina redes de poder económicas, políticas, militares e ideológicas en configuraciones cambiantes; y, por otro lado, reflexionar críticamente sobre las ambivalencias de su propuesta, que oscila entre una perspectiva explicativa y una narrativa más empírica, examinando hasta qué punto su enfoque logra superar las limitaciones de las teorías deterministas o sistémicas.

El artículo realiza un análisis comparativo de la conceptualización de Mann sobre la Primera Guerra Mundial y el fascismo, cotejándola con el enfoque marxista. El método empleado consiste en identificar las categorías fundamentales de la teoría de Mann, reconstruir los principales argumentos y establecer puntos de convergencia y divergencia con otras interpretaciones

851

## ***II. La Primera Guerra Mundial y la 'Teoría del Embrollo'***

Es ampliamente conocida la explicación estándar que los pensadores marxistas ofrecieron sobre la Primera Guerra Mundial. Aunque variaban en sus enfoques específicos, coincidían en verla como una expresión del militarismo agresivo de los Estados europeos al servicio del expansionismo capitalista (Bujarin, 1917/1971; Brué, 1973; Lenin, 1915/2016; Luxemburgo, [1915]/2017). Pero, ¿y si el estallido de esa catástrofe mundial, que alteró para siempre el curso de la historia, no hubiera sido impulsado principalmente por las fuerzas capitalistas en ascenso, sino por aquellas otras que resistían el avance del liberalismo capitalista? Esta mirada alternativa daría como resultado una perspectiva globalmente divergente, un auténtico dilema teórico para la izquierda radical que insistió en el carácter eminentemente capitalista de la guerra y el fascismo. Es el desafío que arroja Michael Mann en su tercer volumen de *Las fuentes del poder social* (2012). No niega la influencia del capital en la configuración de la sociedad moderna ni su papel en los dramáticos acontecimientos del siglo XX, pero rechaza la idea de que este sea el

único factor capaz de explicarlos. Desde esta otra perspectiva el autor reflexiona sobre fenómenos tan diferentes como el surgimiento de las grandes naciones modernas o la revolución francesa. Pero acontecimientos como las guerras mundiales y el ascenso del fascismo, nos permiten clarificar divergencias, puntos de contacto, intersecciones y nos proporcionan abundante material para inferir los rasgos teóricos clave de la sociología histórica de Mann.

Comencemos por la Primera Guerra Mundial. El movimiento comunista internacional ha seguido los análisis de Lenin sobre el imperialismo y sobre la “guerra interimperialista”. Lenin califica al imperialismo como un “capitalismo agonizante”, que ya no puede crecer en el centro pues está impedido de realizar inversiones rentables en las metrópolis y está en “descomposición” o en “putrefacción”, es “parasitario” y está obligado a “exportar capitales” y a “luchar por el reparto de las colonias” (Lenin, 1915/2016). La guerra no sería más que “la lucha armada de las grandes potencias por el mantenimiento artificial del capitalismo mediante las colonias, los monopolios, los privilegios y todo género de opresión nacional” (Lenin, 1915). Su política será el derrotismo revolucionario. En conclusión, la base de la guerra es económica, el reparto de las colonias en un período determinado del capitalismo. Esta caracterización fundará su hipótesis estratégica sobre la relación entre la guerra y la revolución. En la Europa occidental, las masas se inclinarían por los comunistas, siguiendo los efectos de la revolución rusa, y abandonarían a los partidos socialistas, representantes de la “aristocracia obrera”, base social del reformismo (Vacca, 1981, pp. 38-67). Otra variante, más sofisticada, es la de los teóricos del *sistema mundial* (Arrighi, Wallerstein), que introducen aspectos geopolíticos junto a los económicos, y que caracterizaron la guerra como una lucha por la hegemonía: una Alemania en ascenso que buscaba arrebatar la hegemonía del sistema-mundo a una Gran Bretaña en declive (Arrighi, 1999, pp. 288-390). Aunque acuerda con algunos de estos puntos de vista, Mann los rechaza como causas fundamentales de la guerra. Coincide con ambos autores en analizar la historia a través de fenómenos de larga duración. Pero critica la visión demasiado “sistemática” o “mecanicista” de estos enfoques, argumentando que la guerra no fue una consecuencia inevitable de la dinámica económica-geopolítica,

sino el resultado de múltiples interacciones entre clases, naciones y actores estatales con márgenes de autonomía y decisiones accidentales. Los que priman son los ‘entrelazamientos impuros’ que dificulta la idea de una explicación única, clara y sobre todo sistemática de los procesos sociales (Mann, 1997, pp. 37-49).

Mann rechaza, por tanto, la idea de que los intereses económicos capitalistas o la búsqueda de mercados coloniales fueran los motores fundamentales de la guerra. Más aún, sostiene que la guerra no tuvo un carácter ‘capitalista’ en sentido estricto, ya que ninguno de los poderes involucrados amenazaba al capitalismo como sistema. Hubo pocos capitalistas belicistas de antemano, y la mayoría de los empresarios no deseaba la guerra en 1914; sin embargo, tampoco presionaron activamente por la paz ni siguieron de cerca las complejidades diplomáticas y militares que desembocaron en el conflicto. Mann enfatiza la coexistencia de dinámicas de cooperación económica —como el papel de la libra esterlina como moneda de reserva, la cooperación activa del Bundesbank alemán y otros bancos centrales, y el aumento del comercio británico-alemán— con relaciones políticas y militares cada vez más fracturadas (Mann, 2012, pp. 137-138). Esto lo lleva a rechazar las explicaciones reduccionistas y a subrayar que los Estados no actúan únicamente en función de los intereses capitalistas. Tampoco, como sugieren las teorías realistas de las relaciones internacionales, en los intereses exclusivamente geopolíticos de los estados. Los mismos son entidades polimorfas, cristalizadas en diferentes formas según sus arquitecturas institucionales (federalismo, centralismo, confederación), modelos de gobernanza (autoritario, democrático) y ámbitos políticos (nacional, regional, global). Estas diferencias estructurales condicionan sus decisiones y su relación con el capital, dando lugar a márgenes de maniobra y resultados contingentes, no a determinaciones lineales o necesarias. Por ejemplo, los Estados pueden estructurarse internamente mediante diferentes arquitecturas institucionales (federalismo, centralismo, confederación) que afectan cómo toman decisiones y se relacionan con el capital. Adoptan diferentes modelos de gobernanza (autoritario, democrático) que influyen en cómo se gestionan los intereses capitalistas. Y operan en diversas arenas políticas (nacional, regional, global) donde las dinámicas de poder y los actores involucrados varían.

Esto tiene una importancia central para la estrategia teórica de Mann. La guerra no persiguió mejorar las ganancias. La paz ofrecía mejores dividendos. Por supuesto, una vez involucrados en la guerra, los capitalistas descubrieron cómo ganar dinero. Sin embargo, ni la industria ni el capital la comenzaron. Tampoco la clase obrera o la clase media eran nacionalistas proclives a la guerra. Ni eran belicistas los campesinos. Esta fue una guerra decidida por elites políticas y militares ideológicamente inflexibles y obsesionados por una reacción geopolítica que no tenía mucha racionalidad (Mann, 2012, p. 139). Sin embargo, una vez declarada, la guerra, como casi todas las guerras modernas, al principio fue apoyada por las cadenas de identidades nacionales y lealtades jerárquicas que estaban bien establecidas por la extensión infraestructural del Estado en la sociedad civil (Mann, 2012, p. 149). Es decir que se ponen en juego aspectos interiores y exteriores al propio Estado.

Así como en su 'teoría del embrollo' (*cock-up-foul-up Theory*), el Estado no es funcional sino *embrollador* (Mann, 1997, pp. 82-83), no responde a un orden o a un modelo o, por lo menos, no como lo pretenden las teorías sistémicas. En el embrollo, proliferan las particularidades, y por eso rechaza las explicaciones sociológicas que reclaman darle primacía explicativa ya sea sólo a los factores internos, o a los externos, como las tesis macrorrealista de los intereses geopolíticos a secas. Para explicar el estallido de la guerra, Mann aborda explicaciones *inner* y *aussen*. Las explicaciones *aussen*, que prevalecen en las teorías realistas de las relaciones internacionales, tienden a creer que las identidades sociales carecen de importancia para los cálculos de los estadistas, cuyo interés es el interés racional del Estado. La expansión territorial, la colonización, el militarismo, fueron predominantes en los cálculos estatales. Los neorrealistas consideran las relaciones nacionales de manera transhistórica, como si todos los actores políticos se comportaran de manera uniforme independientemente del tiempo y el lugar (Mann, 1997, p. 78). En consecuencia, esto elimina por completo la necesidad de la sociología histórica. La perspectiva estructural de los neorrealistas también atenta contra el papel de la agencia en el cambio. Además, las sociedades y los actores quedan como entre paréntesis en la explicación del comportamiento interestatal, en el sentido de que

las relaciones sociales internas y la compleja relación Estado-sociedad permanecen irrelevantes para comprender el comportamiento interestatal, ya que la estructura internacional es ontológicamente privilegiada, totalmente autónoma de lo doméstico. Pero Mann, que asume la importancia teórica crucial de comprender las lógicas geopolíticas de los estados, no acepta, sin embargo, las bases sobre las que se asienta el realismo teórico, ni quiere asociarse al denominado “elitismo auténtico”, que imagina la existencia de un Estado cohesivo y sistémico, esta vez personificado en la elite política (Mann, 1997, p. 78). Su concepción apunta a un enfoque alternativo, pues las sociedades están constituidas por múltiples redes socioespaciales de poder que se intersectan, y no hay algo así como una “sociedad” entendida como una entidad pura o autoconstituyente, así como tampoco existe algo como una “sociedad internacional” o un “sistema internacional”, separado y autosuficiente. Aparecen entonces las clases, los estadistas, los ejércitos y los partidos nacionalistas. Los estadistas hunden sus raíces en sus propias sociedades, lo que implica que no expresan una racionalidad estatal única, sino divergencias pluralistas de poder. La guerra no fue el resultado de una geopolítica racional y ni siquiera los actores del drama parecieron hablar en nombre de ella. Tampoco podía decirse que Europa había caído en la pura irracionalidad. La cuestión se dirime en una combinación compleja. Cálculos racionales que interactúan de forma imprevisible. Geopolítica y política doméstica que se cruzan de manera dispar y volátil. Dificultades para interpretar las acciones diplomáticas de las otras potencias y el alcance real de las suyas propias. El problema no estaba en la irracionalidad de los actores sino en su pluralidad, en sus diferentes identidades que le imponían distintas estrategias cuya interacción resultaba imprevisible (Mann, 1997, p. 984). En Alemania, Mann contabiliza no menos de once redes de poder distintas alrededor del Kaiser. Redes civiles encabezadas por el canciller, el ministro de asuntos exteriores y el ministro prusiano de la guerra. Todos con conexión al Reichstag y a la Dieta prusiana, lo que incluía la opinión pública y los partidos nacionalistas. Las redes militares del alto mando, con vínculos decenales y representantes de gran parte de los Junkers y otros grupos aristocráticos, así como del militarismo de casta. Tres gabinetes (civil, naval y militar) nacidos de la propia casta del monarca. Y el

sistema de audiencias personales sin presencia de ministros, aprovechado por familias de alto rango. Ellas entraron en combinaciones inestables. Sin elecciones, carecían de control y contrapesos. Este fue el caso de las tres monarquías que, al entrar en guerra, terminaron derrocadas. No había, por lo tanto, un Estado racional que fue a la guerra por ciertos intereses y objetivos, sino un Estado atravesado por múltiples conflictos e intereses, que dio como resultado una movilización militar y una guerra mundial devastadora contra los deseos y la voluntad de la mayoría de los participantes. Hay entonces un entrelazamiento de varios procesos causales: El choque de nacionalidades en el imperio Austrohúngaro se solapó con la rivalidad de las grandes potencias y el militarismo de las monarquías, lo que hizo desencadenar una espiral frenética de errores de cálculo y malentendidos. Pero, ¿puede la historia y los procesos sociales entenderse de una manera tan contingente? Michael Mann cree que la contingencia es el resultado de causas que sí tienen una explicación sociológica, y por eso es capaz de sostener explicaciones teóricas sobre el comportamiento de los actores, incluso de explicar los pésimos cálculos de los estadistas y de cómo la convergencia de estructuras profundas y tácticas desordenadas sostenidas en actitudes *a priori* racionales, dieron como resultado una conflagración inesperada. Su clave es la explicación combinada de diferentes redes de poder. Su análisis se aleja de las macro teorías sociales para descender a las explicaciones de rango medio e, incluso, explicaciones microsociales (Mann, 1991, pp. 2829). En síntesis, es improbable que una acción histórica sea desencadenada por un solo factor de poder. En concreto, la economía no fue el factor único, ni siquiera el fundamental, para explicar el estallido de la guerra. Alemania hubiera superado a Inglaterra industrialmente de forma más segura mediante los dividendos de la paz. Gran Bretaña ya no disfrutaba de la hegemonía comercial marítima. Los intereses realistas y capitalistas de Alemania se hubieran asegurado mejor conservando el *statu quo* que sacudiéndolo. Mann indaga en cuestiones sociológicas antes que en intereses capitalistas. Y por ‘sociológicas’ entiende siempre la combinación aleatoria e inestable de las redes de poder. Dentro de ellas, las tradiciones militaristas, los rituales de la vida militar compartida por la monarquía, las cortes y los altos mandos, los valores compartidos con la aristocracia

y la realeza, canales de acceso a esa cultura por parte de la clase media, fueron factores internos influyentes en el desenlace. El conservadurismo aristocrático seguía teniendo un peso decisivo en la sociedad alemana. El poder militar, no sólo en Alemania, había desarrollado una autonomía pocas veces vista, con un poder jerarquizado, una gigantesca fábrica aislada del exterior. Y el militarismo deriva de aspectos geopolíticos de la estructura de la sociedad que es mucho más antigua que el capitalismo. En las monarquías principalmente, los altos mandos no tenían el contrapeso del gobierno electo, y quedaban reclusos entre las influencias cortesanas. En el caso de las democracias liberales, ellas fueron menos agresivas, no por ser liberales, sino por causas políticas y geopolíticas. Aunque menos militaristas, tuvieron la capacidad de movilizar, mediante alianzas, mayores recursos militares. El peso de la opinión pública se volcó tanto para atar las manos a la diplomacia antes de la guerra como en agitar el honor nacional frente a la agresión alemana después. Lo que acabó por detonar la guerra fue una auténtica incapacidad por parte de todos, de comprender las cristalizaciones polimorfas de los demás.

Lo que habría que destacar de la propuesta teórica de Mann, es esa especial simplicidad teórica y complejidad empírica. Partiendo del estatismo institucional, pero superándolo, produce una teoría multicausal basada en las cuatro redes de poder fundamentales, económica, política, militar e ideológica. El enfoque le debe mucho a la tradición weberiana, pero también al clima intelectual que desde los años ochenta da por tierra con los grandes sistemas teóricos y da paso a explicaciones de alcance intermedio. Rechazando el realismo de las relaciones internacionales y la explicación sistémica que el marxismo convencional ofrece sobre el inicio imperialista de la guerra, Mann propone una explicación original y muy fundada empíricamente sobre la Primera Guerra Mundial. No desconoce las pretensiones territoriales de los imperios, ni los deseos de la clase capitalista de sacar provecho de las oportunidades, o la responsabilidad de las democracias liberales en la contienda, pero las asume como aspectos parciales. Niega la teoría de la guerra por imperialismo, desmintiendo el argumento de Hobson (1902/1981), rescatado por Lenin (1915/2016) y Hilferding (1910/1963) sobre el excedente de capital exportado y la caída de la tasa de ganancia. Las potencias más agresivas, Alemania,

Rusia y Austria eran las que menos capital excedente disponían. Y las rivalidades coloniales no eran importantes a principios del siglo XX, aunque tendieron a crecer. La rivalidad comercial e industrial entre Alemania y Gran Bretaña no produjo un nacionalismo agresivo mutuo. Eran dos economías cada vez más interdependientes. Con la excepción de la competencia por el trigo entre Alemania y Rusia, no hubo graves conflictos que desembocaran en una espiral de guerra. Las rivalidades no pasaron del proteccionismo pragmático y el mercantilismo. La alineación de las potencias tampoco se debió a intereses económicos previos, aunque las alianzas tuvieron consecuencias al reforzar, por ejemplo, la dependencia financiera de Rusia ante Francia. Fueron los actores del poder militar y político quienes convencieron a los capitalistas de la conveniencia del imperialismo (Mann, 1997 [1993], p. 1012). Tampoco reflejó, salvo quizá en el imperio austro-húngaro, una táctica de desvío de las tensiones internas hacia la guerra o de manipulación demagógica. En cuanto a Alemania, fue su política interior conservadora, contra los socialistas y liberales, antes que una acción demagógica sobre la opinión popular, la que brindó un clima de paranoia, azotando los temores de Gran Bretaña y soldando la unidad entre Rusia y Francia. Así el imperialismo social alemán fue importante como causa de guerra, pero de manera involuntaria e imprevista en sus consecuencias internacionales, antes que como estrategia deliberada del régimen. Fue el éxito del régimen a la hora de convertir el absolutismo en una monarquía semiautoritaria moderna la que produjo el desastre geopolítico, un acuerdo de elites con intereses propios y con gran concentración de poder (un acuerdo entre Junkers, la monarquía, el ejército, la armada, los capitalistas de la industria y los nacionalistas estatistas), que produjo un resultado más agresivo del esperado. Por último, pero no por eso menos importante, la guerra demostró que no se podía hablar de una elite de gobierno, sino elites atravesadas por contradicciones y divisiones producidas por sus propios intereses e influencias, lo que desmiente a las corrientes teóricas del elitismo auténtico y del realismo en las relaciones internacionales. Este enfoque permitió superar las teorías instrumentalistas del Estado, que concebían a la élite gubernamental como un bloque subordinado al servicio de la clase dominante. El elitismo auténtico en particular, tendió a definirla como un actor más con sus

propios intereses frente a las clases, incluida la clase capitalista (por ejemplo, Block, 1987; Skocpol, 1985). Pero Michael Mann también se apartó de la perspectiva de los neoestatistas, al señalar que estos subestimaban las tensiones y divisiones internas dentro de la élite estatal, lo que los llevaba a una visión reificada del Estado como si actuara de forma homogénea y representara intereses universales

En conclusión, la causa de la guerra no se explica ni por la política interna ni externa de manera exclusiva. Ni fue resultado de acciones racionales llevadas a cabo por actores unitarios y homogéneos. Ni promovida exclusivamente por intereses colonialistas. El alcance de los errores fue extraordinario. Cada actor intentó acciones racionales de acuerdo a su propio cálculo de intereses, pero el resultado de la interacción de redes superpuestas resultó en consecuencias imprevisibles y desastrosas. No fue una guerra racional, aunque había sido generada por la cultura y las instituciones de la época, crecientemente racionalizadoras. El Estado es unitario y soberano en sus consecuencias, pero polimorfo<sup>2</sup> y faccionalizado en sus estructuras. La agresión alemana no fue reflexiva ni racional, sino impuesta por las circunstancias. Pero el Estado refleja lo que la sociedad es, dotada de poderes colectivos.

859

### ***III. El Test Ácido del Fascismo***

Tomemos ahora otro ejemplo, su análisis del fascismo y su contrapunto con los mejores análisis surgidos de las filas marxistas. Recordemos, por ejemplo, el libro *Fascismo y dictadura. La tercera internacional frente al fascismo* ([1970]/1976) del griego Nicos Poulantzas. Su objetivo era superar el economicismo de la Internacional Comunista (Comintern) y proporcionar una explicación más compleja del ascenso del fascismo en Europa, revitalizando el análisis marxista y dando un lugar de importancia a la autonomía del Estado y la política. Cuando redacta su texto

---

<sup>2</sup> Para una discusión sobre el carácter polimorfo del Estado y, en general, sobre la teoría del Estado desarrollada por Mann, véase especialmente el capítulo 3, “Una teoría del Estado moderno”, en *Las fuentes del poder social*, Tomo II (Mann, 1997, pp. 70-131). Una intervención posterior que también retoma esta problemática puede encontrarse en la Parte I: *The State as Concept, Relation, and Reality*, de *The State: Past, Present, Future*, de Bob Jessop (2015, pp. 13-91).

en 1970, ya había dado a luz su primera obra teórica sobre el Estado capitalista: *Poder político y clases sociales en el capitalismo contemporáneo* (2012) [1968].

El fascismo es entendido por Poulantzas como una consecuencia directa de una crisis política en la fase imperialista del capitalismo en sus eslabones débiles (1976, pp. 57-59). Su función era remover los obstáculos para el desarrollo de la hegemonía capitalista, particularmente en Italia y Alemania. Se trata de una crisis generada por la incapacidad de la clase capitalista económicamente dominante para lograr hegemonía política entre las clases que componen el bloque de poder. Así, por ejemplo, en Alemania la revolución “democrático burguesa” se hizo de arriba hacia abajo por medio de una alianza con la nobleza rural, que poseía un papel desproporcionado en el aparato del Estado (Poulantzas, 1976, pp. 18-22). El capital monopolista industrial poseía una fuerza creciente, pero cedía poder a otras clases no fundamentales. Otra característica del fascismo según Poulantzas, era la movilización masiva de la pequeña burguesía. La crisis no debe buscarse en la tesis instrumentista de que el capitalismo produjo el fascismo, o que haya sido su representante político, o el agente de los intereses de clase de los monopolios más concentrados. Su teoría sobre la autonomía relativa del Estado produce aquí sus efectos prácticos al permitirle apartarse de las visiones más economicistas. Pero la autonomía de Poulantzas vacila, de un lado, entre el peso específico de lo político y, del otro, a su exigencia teórica estructural que asigna al fascismo y al Estado fascista el papel de vehículo de la resolución de la crisis hegemónica que abre el camino al domino político del capital monopolista (Poulantzas, 2005, p. 11). Así, el fascismo fue la vía dolorosa por el que los eslabones débiles de ‘la cadena imperialista’ han transitado del liberalismo al capitalismo de Estado. La mejor y más sofisticada versión marxista sobre el fascismo, quedaba atrapada por las exigencias funcionales del Estado capitalista, que volvía a remitir una vez más, a la lógica de la “determinación en última instancia” que había dominado todos los intentos de establecer una teoría marxista de la política. Alemania e Italia no eran los menos desarrollados ni los más atrasados, sino los más desigualmente desarrollados, origen de la crisis. En definitiva, y siguiendo a Dimitrov, Poulantzas sugiere que el fascismo es un cambio en la forma de Estado que reorganiza el bloque de poder y

coloca como dominante al capital financiero y al gran capital monopolista, facilitando la hegemonía de una fracción de clase que hasta ahora no había ejercido la dominación política (Poulantzas, 1976, p. 73). Esta recurrencia al análisis de clase como fundamento clave del fenómeno fascista, lo regresa a esa pulsión por conectar representación política y contenido de clase, aunque ahora mediado por la política. Economía y política ya no están relacionados de manera instrumental pero sí funcionalmente.

Michael Mann rechaza esta conexión y considera que el ascenso del fascismo y el estallido de la guerra no se explican por una única conexión, en este caso de clase, sino por causas relacionadas con diferentes redes de poder. Por eso considera el debate de Miliband y Poulantzas como superficial, en el sentido de que ningún lado de la polémica resuelve la unicausalidad de clase en la explicación del ascenso del fascismo<sup>3</sup>. En consecuencia, el resultado de ambos no difiere del todo, si se la compara con otras teorías del Estado (Mann, 1997, p. 73). Para Mann, la virtud y al mismo tiempo el defecto de la teoría marxista es que reduce el Estado a las relaciones económicas de poder. Aplicada a los Estados modernos de Occidente, ha tenido la virtud de demostrar que son fundamentalmente capitalistas. Pero el defecto de la teoría es que considera que esta propiedad es la *única* (Mann, 1997, p. 70).

861

Además, como el factor de clase es fundamentalmente interno al Estado, Poulantzas subestima los factores geopolíticos internacionales. En particular las consecuencias dramáticas de la Primera Guerra Mundial al interior de las sociedades de los países derrotados, el terremoto político que implicó para el sistema social y político la caída de las monarquías y el dislocamiento estatal que produjo. Para Mann el aumento autoritario de lo que denomina “la segunda Europa” (de la región centro y este del

---

<sup>3</sup> Un abordaje completo de las implicancias del debate entre Miliband y Poulantzas, sus diferencias, pero también sus puntos comunes, así como una alerta sobre las falsas polarizaciones y lecturas tendenciosas puede encontrarse en el muy completo artículo de Mabel Thwaites Rey, “Complejidades de una paradójica polémica: estructuralismo versus instrumentalismo”. En: Thwaites Rey (2008). Tarcus tiene un ensayo preliminar y una compilación de los principales artículos de la polémica, en Tarcus (1991).

continente) fue una respuesta a una cascada de crisis económicas, militares, políticas e ideológicas provocadas por la Primera Guerra Mundial, amontonándose una encima de la otra, interactuando con estructuras de poder anteriores. Desde antes de la guerra, los fascistas solo comprendían camarillas de oficiales e intelectuales. Sin la guerra, sostiene Mann, el fascismo habría sido una nota al pie de la historia mundial. Hitler habría vivido y muerto en la oscuridad, y el Holocausto y probablemente la Segunda Guerra Mundial no hubieran existido (Mann, 2012, p. 338). En su libro *Fascist* (2004), sostiene, a propósito de las “dos Europas” que había una base geográfica para el ascenso del fascismo. El mapa distinguía una clara fractura: casi todos los regímenes del este, centro y sur de Europa se volvieron despóticos; el noroeste de Europa se mantuvo liberal democrático (Mann, 2004, P. 38). Y esto tuvo que ver con diversos aspectos de tradición institucional, de cultura política, además de las relaciones económicas. León Trotsky (1940), había mencionado con ironía el papel de la democracia, sosteniendo que ella podía sostenerse sólo en los países ricos que vivían ‘de las migajas coloniales’, aunque en la ‘primera Europa’ además de Inglaterra y Francia, se incluían a Escandinavia, Países Bajos y Bélgica. Para Mann, no se trató sólo de su base económica sino de sus tradiciones institucionales, como lo había mencionado Rosa Luxemburgo respecto a la frágil tradición democrática de las naciones del este europeo. Diferenció entre la democracia liberal, estratificada, y la emergencia de la democracia orgánica, fusionada con el nacionalismo, que impone el peso autoritario de la mayoría y que llevó al fascismo al poder (Mann, 2005b, p. 55). Como sea, Mann considera que la crisis económica fue sólo un factor, que no explica por sí mismo el auge del fascismo, una crisis que impactó también en Estados Unidos e Inglaterra, pero que fue gestionada de manera diferente. La amenaza de la ola revolucionaria de oriente a occidente pudo también aportar su cuota. La Unión Soviética se estaba industrializando y enviando dirigentes de la Internacional Comunista a todo el mundo. Aunque el auge revolucionario de 1918 había desaparecido, siempre podía avivarse. Hubo miedo de una amenaza, de baja probabilidad, pero de alto daño. El fascismo podía no ser lo mejor para las clases altas, pero sin duda era preferible al peligro comunista. Aun así, no fueron los grandes empresarios industriales y las

finanzas quienes dieron su sostén para el triunfo del fascismo. En los hechos, fueron los terratenientes agrarios, el cuerpo de oficiales y las jerarquías eclesiásticas los más fervientes sostenedores del fascismo: el antiguo régimen (Mann, 2012, p. 339). Había presión por la reforma agraria en toda Europa y los rentistas vivían todavía de la parte más retrasada de la economía alemana. Y todavía controlaban el ejército y algunos ministerios. Los militares percibieron que su autonomía de casta y presupuesto eran amenazados por el control civil democrático. Las Iglesias temían la liberalización secularizar y la agitación socialista por la separación de la iglesia y el Estado, amenazando la propiedad de la iglesia y cuestionando su control sobre la educación y el matrimonio. Ellos podían movilizar a sus fieles, especialmente en las zonas rurales. Los fascistas consagraron un 'compromiso histórico' con los elementos del viejo régimen a los que creían podían controlar. La crisis militar fue más severa en la segunda Europa, porque fueron los poderes derrotados. Duró más tiempo donde continuaron desafiando los tratados de paz y exigiendo la restauración de sus territorios perdidos (Mann, 2012, p. 333). Refugiados y nacionalistas siguieron luchando por la restauración en Austria, Alemania y Hungría. La derrota de la guerra no produjo directamente el fascismo, pero contribuyó a la primera oleada de derecha de posguerra, minando la democracia. La nación en armas brindaba una nueva noción de ciudadanía, destacando las virtudes militares y promocionando la formación de grupos paramilitares de derecha.

Las crisis políticas fueron graves solo en la segunda Europa. En la década de 1880, todos los países del noroeste tenían sistemas de partidos competitivos, elecciones libres y poca interferencia del ejecutivo. Por el contrario, en la segunda Europa, los estados más frágiles experimentaron la guerra y sufrieron una dislocación política. Los regímenes vencidos perdieron legitimidad. En la segunda Europa, los parlamentos apenas existían antes de 1914. Luego, a partir de 1918, los tratados de paz y una triunfante centroizquierda exigieron un movimiento hacia parlamentos democráticos. Pero estos cambios no fueron acompañados por transformaciones comparables en el control sobre las fuerzas armadas o policiales, instituciones que permanecieron dominadas por el antiguo régimen. Tampoco los partidos internalizaron las reglas del juego democrático. Había pocas posibilidades de

amplias alianzas parlamentarias para preservar y ampliar las instituciones democráticas. Ese impasse dio origen al fascismo. Surgió de las crisis del ‘estado dual’, un antiguo régimen que avanza hacia la democracia, acosada por la crisis económica, política y militar. Esto produjo un golpe de estado por parte del antiguo régimen, la mitad ejecutiva del Estado contra la mitad democrática del mismo (Mann, 2012, pp. 334-335). Este ‘estado dual’ al que se refiere Michael Mann remite a una tensión estructural entre, por un lado, las instituciones parlamentarias y democráticas emergentes —como el Reichstag y la Constitución de Weimar—, y por otro, los núcleos autoritarios del viejo orden imperial —el ejército, la alta burocracia, el poder judicial— que continuaban bajo el control de las élites tradicionales, especialmente los junkers. Aunque Mann no lo menciona expresamente, esta caracterización se aproxima a la formulación clásica de Ernst Fraenkel en *El Estado dual* (1941/2022), donde distingue entre un ‘Estado normativo’ sujeto al derecho y un ‘Estado prerrogativo’ basado en decisiones arbitrarias. En el análisis de Mann, esta dualidad no se resolvió institucionalmente, sino que desembocó en una solución autoritaria: el componente autoritario del Estado acabó por anular al democrático con el ascenso del nazismo.

864

El fascismo constituyó la búsqueda de un estatismo nacional trascendente y purificador a través del militarismo, combinando el poder infraestructural de los estados modernos con el poder despótico para potenciar la capacidad de las elites estatales de tomar sus propias decisiones arbitrarias<sup>4</sup>. Es la máxima expresión de la autonomía del Estado. El fascismo fue una reacción contra la globalización, colocando barras más fuertes alrededor de las “jaulas estatales”. Muchos derechistas vieron la sociedad de masas y el parlamento como la ampliación de las divisiones sociales, de los conflictos políticos, del caos y la violencia. Un Estado despótico impondría orden, unidad y moralidad, trascendiendo el conflicto social. Los fascistas afirmaron *resacralizar* una sociedad materializada y decadente, movilizando valores, normas y rituales. La *nación* y el *Estado* eran el centro de gravedad, no la

---

<sup>4</sup> Para un análisis sobre la distinción entre poder infraestructural y poder despótico, véanse Mann (2020), Seabrooke (2002) y Soifer (2008).

*clase*. Tendían a atacar no el capitalismo *per se* sino las finanzas, el capitalismo extranjero o ‘judío’. Renovaron el romanticismo, enfatizando sentimientos, emociones y el inconsciente. Movilizaron multitudes hacia la ‘guerra total’ y manipularon los medios de comunicación alentando un nuevo salvacionismo secular. Sin embargo, solo resultaba viable en contextos de crisis, cuando los mecanismos institucionales convencionales ya no podían operar eficazmente.

En conclusión, Mann no descarta ninguno de los elementos que aportan las teorías del Estado a disposición, pues tiende a creer que hasta cierto punto son todas valederas, aunque no son las únicas. Acepta, por ejemplo, la insistencia de la teoría de las clases en que los estados modernos son capitalistas y en que la lucha de clases domina con frecuencia la política, en particular desde el surgimiento del Estado moderno. El capitalismo es, en los hechos, una de las cristalizaciones que Mann llama de “nivel superior”. Lo que rechaza es que la cristalización capitalista, o cualquier otra, sea “determinante en última instancia” (Mann, 1997, p. 126). Acepta también la idea pluralista de múltiples actores de poder, lo que sugiere otra cristalización del Estado moderna alrededor de la representatividad. Asume, a su vez, la perspectiva del elitismo auténtico de que los administradores del Estado pueden ser actores autónomos de poder, aunque son muy distintos aquellos de la monarquía del siglo XIX que los regímenes representativos. Y otra cristalización de poder ya mencionada, la militar, ha cumplido un papel fundamental en la consolidación del Estado moderno y por supuesto en el ascenso del fascismo (Mann, 1997, p. 127). Pero si no es posible ofrecer una macroteoría sobre los fundamentos de las estructuras sociales ¿Hasta qué punto se puede hacer ciencia social y encontrar ciertas regularidades en el análisis de la sociedad? Mann se aferra a las diversas fuentes de poder que proporciona su modelo que exige, fiel a su método, un análisis empírico sobre la cristalización de las distintas redes en cada período histórico. Pero el modelo no puede ir más allá sin volverse una metafísica abstracta de la que pretende huir.

#### ***IV. El Modelo IEMP. Haciendo Malabarismos con Cuatro Bolas***

Mann parte de la tesis de que la *sociedad* en cuanto tal es una ficción teórica. Lo que hay son “redes organizadas de poder” que se intersectan y reconfiguran dentro y fuera de las fronteras de los Estados y de las relaciones entre las clases. Además, no existe algo llamado “sociedad” entendida como una entidad pura o autoconstituyente, porque los límites de las cuatro fuentes de poder en general no coinciden. Por eso, Mann no puede referirse a niveles o instancias genéricas:

La mejor forma de hacer una relación general de las sociedades, su estructura y su historia es en términos de las interrelaciones de lo que denominaré las cuatro fuentes del poder social: las relaciones ideológicas, económicas, militares y políticas (IEMP). Son: 1) redes superpuestas de interacción social, no dimensiones, niveles ni factores de una sola totalidad social. Las interacciones entre las redes, señala Mann, son frecuentes, pero no sistemáticas. Son también: 2) organizaciones, medios institucionales de alcanzar objetivos humanos. Su primacía no procede de la intensidad de los deseos humanos de satisfacción ideológica, económica, militar o política, sino de los medios de organización concretos que posea cada una para alcanzar los objetivos humanos, cualesquiera que sean éstos (Mann, 1991, p. 15).

866

Además, frente a marxistas y weberianos por igual, reclama un análisis que no sea “societalista” en el sentido de una sociedad unitaria, sino en el sentido latino de una *socius*, una confederación flexible de aliados estratificados. Por lo tanto, no hay un solo espacio social, sino, poderes intersticiales (Mann, 1986, pp. 28-34). Como no hay unidad, no hay sistema. Naturalmente, las redes se intersectan, se combinan y en lo que se refiere al Estado, ofrecen cierta taxonomía a su tipo de organización y función. Pero esas convergencias y esos enlaces no responden a leyes causales, ni tendenciales, ni a imperativos del sistema. Por ejemplo, el análisis del poder económico en Mann no está relacionado a leyes o lógicas inherentes del capital, sino a redes que existen entre empresarios, comerciantes, clientes, etc. Las redes son emergentes, pero también efímeras; nacen, se expanden intensificando el flujo a través de ellos, pero también se contraen, se apagan, se desvanecen. La economía es entendida como red de conexiones a través de la cual se establecen nichos no competitivos, donde se construyen espacios de ganancias donde, incluso, son

defendidos contra los intrusos, tal como la entiende la sociología económica (Collins, 2005, p. 22). Mann desarrolla una sociología histórica donde puede observarse la influencia y relación de la red económica con los otros tres tipos de redes de poder. No son como bolas de billar que chocan y se desvían mutuamente, sino que se entrelazan; es decir, sus interacciones alteran recíprocamente sus configuraciones internas y sus trayectorias externas (Mann, 1997 p. 17). En ese sentido, la teoría de Mann puede ser incluida entre la colección de autores de sociología relacional. Como señalan Tõnis Saarts y Peeter Selg (2018), su concepción del poder como algo que “se propaga de manera espontánea, inconsciente y descentralizada” (Mann, 2012, pp. 5–6; véase también Mann, 1986, p. 8; 1993, p. 6) lo aproxima a un enfoque relacional del poder, en el cual las relaciones entre actores —y no unidades fijas— son las que configuran tanto las estructuras como las identidades. Aunque Mann no se identifica explícitamente con el relacionalismo ni afirma que las relaciones sean el elemento constitutivo más esencial del poder, su insistencia en estudiar procesos históricos de largo plazo y en rechazar la idea de una “unidad maestra” como la “sociedad” (Mann, 1986, p. 2) lo acerca claramente a los supuestos metodológicos de la sociología relacional.

Michael Mann argumentó que, en las primeras etapas de los imperios, la religión y sus redes ideológicas precedieron a las estructuras de administración estatal. Antes de que el Estado desarrollara capacidades burocráticas formales, las instituciones religiosas actuaban como canales de comunicación y control social, desempeñando funciones que luego tomaría la burocracia imperial. Este papel del poder ideológico, que según Mann perdía fuerza hacia el siglo XIX y XX, es restaurado en el estudio del fascismo. Mann reconoció la capacidad de los seres humanos para actuar de manera emocional e irracional. Había comenzado este cambio en el libro *El lado oscuro de la democracia* (2005a) un intenso ensayo que explica los episodios de limpieza étnica genocida. Y quizá un año antes, cuando publicó *Fascist* (2004). Los eventos rara vez resultan según lo planeado e involucran emociones y percepciones erróneas y malentendidos que cambian el curso de la historia. En este tipo de crisis, las decisiones y emociones de los individuos y los grupos pequeños, especialmente aquellos en posiciones de liderazgo, pueden cambiar el rumbo de la historia. En

resumen, tenemos una mayor indeterminación, mayor papel jugado por individuos falibles y azotados por la emotividad y la carga pasional que los atraviesa. No abandona la idea weberiana de las acciones racionales con arreglo a fines, pero está convencido que, en particular el siglo XX, la racionalidad con arreglo a valores ha jugado un papel crucial, lo que nos devuelve a la importancia sustancial que cobra el poder ideológico en este siglo, y por el cual Mann, a manera de autocrítica, restaura luego de haber colocado a la ideología contemporánea en un papel subordinado (Mann, 2005b, p. 345).

La dimensión espacio temporal cobra cada vez más un estatuto central del núcleo explicativo de los cambios aleatorios de multicausalidad, lo que refuerza la imposibilidad lógica de establecer una macroteoría sociológica, a la manera de las explicaciones basadas en los “modos de producción” o “las formaciones sociales capitalistas”. Las redes son conexiones reales entre las personas en un espacio y tiempo definido y no lógicas abstractas. Por eso hay redes que van cambiando su densidad, su influencia, y su espacio. Que su teoría se base en el “materialismo organizacional” implica que las conexiones de poder siempre están contenidas en ciertas formas organizativas. Por ejemplo, cuando menciona el poder ideológico de la iglesia, no hace referencia a ideas que flotan libremente y fluyen, sino a instituciones que las encarnan, como la estructura de los monasterios, las órdenes religiosas, la difusión de rituales, la impresión de textos, y la conexión de ellos mediante peregrinaciones y contribuciones. Según Bryant, los fundamentos interpretativos de la gran sociología histórica de Mann se desenvuelven empíricamente y se equilibran teóricamente.

Evita los excesos de los modelos hiperestructurales y voluntaristas de la sociedad, así como las tendencias idealistas y teleológicas son controladas por una evaluación de la racionalidad siempre limitada de agentes humanos que, por lo general, son incapaces de armonizar o de comprender completamente la complejidad del mundo y de los eventos en lo que se ven envueltos (Bryant, 2005, pp. 72-73).

Como lo hemos visto en los casos de la Primera Guerra Mundial y del ascenso del fascismo en Europa, el modelo IEMP supera a las sociologías basadas en el determinismo económico, así como las asociadas al determinismo institucional o cultural. Desde el enfoque de la ‘teoría del embrollo’ es posible comprender las diversas causas por las que estalló la guerra, las racionalidades limitadas de los actores, y pone en evidencia la debilidad de las causalidades únicas, dotando de fuerza explicativa el enfoque de multicausalidades asociadas a las redes de poder. A su vez, analizar el fascismo desde la autonomía del Estado incrustado en las relaciones internacionales, pero también en relación a la dominancia del poder político sobre el económico e incluso el militar (subordinación de la Wehrmacht al partido y el Estado nazi), contribuye a entender el auge del fascismo en Alemania desde una óptica mucho más amplia que la del conflicto de clases o de una tendencia cultural inherente del pueblo alemán.

No obstante, es importante distinguir el proceso de la Primera Guerra del fascismo. En el primer caso se trata de acciones racionales con arreglo a fines que desembocan en un gran teatro de resultados catastróficos e irracionales desde el punto de visto de los intereses propios, con actores que se ven empujados más allá de su voluntad. El polo irracional y contingente es aquí manifiesto. En cambio, la situación del fascismo es distinta, porque prima la férrea voluntad de una elite política mesiánica, que aprovecha la crisis del Estado provocada por la derrota de la guerra para establecer su dominancia exclusiva y subordinar a las restantes redes de poder. Es la máxima expresión de la autonomía del Estado y hasta cierto punto Mann se apoya, para este caso particular, en la teoría del ‘elitismo auténtico’ que, recordémoslo, basa más la autonomía en el personal dirigente que en una “lógica autónoma de unas determinadas instituciones políticas” (Mann, 1997, p. 80). Es este enfoque el que permite ir más allá de la autonomía limitada de Poulantzas, que sigue apoyando una explicación basada en la crisis capitalista de la transición del liberalismo al capitalismo monopolista de Estado.

## ***V. Las Ambivalencias de la Sociología de Mann***

Mientras en los dos primeros tomos de *Las fuentes del poder social* siguió buscando aquellos poderes que se transformaban en centrales en ciertos períodos históricos, por ejemplo, la economía cumplió ese rol ecológicamente dominante desde el amanecer de la sociedad moderna, a partir del tercer tomo renuncia a dicha empresa o, como mínimo, vacila. Analizando las dos guerras y el fascismo, llega a la conclusión de que las redes de poder son más independientes unas de otras y de que su fuerza resultante es mucho más azarosa de lo previsto. En el volumen III presenta la noción de que sus relaciones son *ortogonales*: cada fuente tiene una lógica interna de desarrollo diferente y aunque interactúan e influyen entre sí, estas interrelaciones son no determinantes (Mann, 2012, p. 77). No hay determinación ‘en última instancia’ de alguna de estas. La causalidad varía según el tiempo y el espacio, de modo que cada fuente de poder puede parecer primaria en diferentes períodos y lugares. Es decir, las fuentes de poder no están alineadas en una única dirección o forma predecible, sino que se cruzan, divergen y actúan de manera contingente.

Pero su perspectiva oscila porque, en primer lugar, su enfoque es teórico, sin el cual no puede construirse una historia documentada del poder. Por eso sostuvo que su sociología histórica “mezcla dosis de narrativa, que puede resultar atractiva para los historiadores, con dosis de teoría y análisis comparativo, que constituyen la base de la macrosociología” (Mann, 2012, P. 3). Su modelo tampoco es multicausal en general, puesto que no reconoce redes de poder indistintos. Cree que necesitamos algún tipo de concepción general de las diferentes formas de poder que pueda usarse en un estudio empírico. Por ejemplo, rechaza incluir en las fuentes de poder la cultura, la ciencia y el género, a las que considera aspectos tributarios de los otros cuatro poderes. Las estructuras fundamentales de las sociedades “están determinadas por relaciones entre cuatro y solo cuatro fuentes de poder (...) y son las formas alternativas en que tanto el poder colectivo como el distributivo pueden ejercerse” (Mann, 2016, p. 282). Pero estas redes de poder, que Mann insiste en que son redes materiales, son también, ‘tipos ideales’, puesto que nunca pueden encontrarse de manera pura en el proceso histórico. Los tipos ideales son construcciones teóricas que permiten aislar y enfatizar ciertas características

fundamentales de cada fuente de poder para entender cómo operan en su forma más conceptual, aunque en la práctica se presenten siempre mezcladas o influidas entre sí (Weber, 2014, p. 17). De la diada de estructura y superestructura, Mann pasa a la weberiana tríada entre economía, ideología-cultura (status) y política, aunque le agrega el poder militar. Además, aunque su teoría aspira a dar, como máximo, explicaciones de rango intermedio, también ofrece cierta ontología social del poder, al estructurar su analítica en torno a distinciones entre poder colectivo y poder distributivo, poder extensivo y poder autoritario, etc. (Mann, [1985]/2020). La investigación empírica debe revelar cómo sucede esto en cada momento y lugar, pero se pueden desarrollar herramientas conceptuales que sean útiles para el estudio en diversos contextos históricos. Por ejemplo, el caso que mencionamos sobre el poder colectivo, una definición que toma de Talcott Parsons, como una capacidad para movilizar recursos y lograr metas colectivas (Heiskala, 2016).

De la misma manera, su análisis sobre el crecimiento del poder infraestructural plantea un concepto central para la sociología del poder que tendrá efectos analíticos claves a lo largo de la historia. Por ejemplo, el crecimiento del poder infraestructural explica cómo cambia el patrón de la historia y hace que ésta sea más volátil e impredecible que antes. Los Estados modernos y el moderno ejército profesional, que comandaban infraestructuras de poder masivas fueron las responsables de que muchas potencias y regímenes fueran derrocados, economías devastadas, y millones asesinados o mutilados. El espejo opuesto del déspota con una infraestructura débil (la temible reina de corazones incapaz de alcanzar bajo su manto a los que apenas se alejan de su mirada) es el líder con una infraestructura fuerte del Estado moderno, responsable y a menudo en deuda con múltiples redes de poder cuya cacofonía hace que la nación se desplome (Prasad, 2016, pp. 107-108). Fue la combinación entre el poder infraestructural de amplios recursos materiales y políticos, junto al poder despótico en las naciones sin tradiciones constitucionales, la que devino en una catástrofe impredecible. La guerra y el fascismo fueron “el producto de la lógica del desarrollo de las macro estructuras (...) reorientadas tanto por coyunturas oportunas que produjeron eventos históricos mundiales como por individuos en posiciones de gran poder” (Mann, 2012, p. 5).

Esta explicación podría estar asociada a la idea de “larga estabilidad-breve ruptura” de Streeck (2017), aunque Mann rechaza explicaciones estructurales que hacen coincidir ‘sistemáticamente’ las lógicas de desarrollo del capitalismo y de los estados-nación, pues ellos difieren entre sí *ortogonalmente*, es decir, de maneras no determinantes. Por lo tanto, el estatus del modelo IEMP es bastante diferente del modelo de base/superestructura de Marx o del esquema funcional de Parsons o del Sistema/Mundo de Vida de Habermas (Heiskala, 2016, p. 15). Él enfatiza que “las sociedades son mucho más desordenadas que nuestras teorías sobre ellas” (Mann 1986, p. 4) y entiende sus conceptos como herramientas analíticas para “hacer frente al desorden pautado que es la sociedad humana” (Mann, 1993, p. 4). Por lo tanto, dice, el modelo IEMP no es el de un sistema social dividido en cuatro “subsistemas”, “niveles”, “dimensiones”, o cualquier otro de los términos geométricos preferidos por los teóricos sociales. Más bien, forma un punto de entrada analítico para lidiar con el desorden (Mann, 1993, p. 10).

Autores ‘posfundacionales’ como Laclau y Mouffe consideran que el orden heterogéneo se une mediante la articulación hegemónica, aunque siempre de manera provisoria. A Mann esta articulación le parece peligrosa. Mientras los primeros consideran que una democracia sólo puede florecer en ese juego de articulaciones transitorias (Laclau y Mouffe, 1987), Mann asegura que la subordinación de unos poderes a otros es la condición del autoritarismo (Mann, 2013). Laclau apunta a las semi democracias vacías de contenido del neoliberalismo, mientras Mann está pensando en los regímenes totalitarios, fascistas o estalinistas. Su análisis sociológico se desliza, en ocasiones, a consideraciones normativas, en el sentido de que el pluralismo de redes autónomas de poder, podría ser un buen contrapeso a las tendencias autoritarias de concentración monista en uno solo de ellos.

La mayor fuerza de Mann, según John Hall, podría residir en la modestia de buscar teorías de alcance intermedio (Hall, 2006, p. 56). Esto es así debido a cómo los macro modelos en la teoría social han reificado tanto a las estructuras sociales como al estado-nación.

Mann tiene razón cuando polemiza con los teóricos sistémicos al enfatizar la autonomía de cada red de poder y la imposible existencia de un macro fundamento último que explique e incluya al conjunto de una “formación social”, pero posiblemente haya doblado la vara por el lado opuesto al desconocer la existencia de “una sociedad”, aunque ella sea atravesada por poderes dispares y heterogéneos, con lógica propia y autónomos. Así, por ejemplo, sostiene que a pesar del creciente “enjaulamiento” de las personas dentro de los estados nacionales modernos (Mann, 1993, pp. 61, 224, 251; Mann, 2012, pp. 99, 112, 137, 153), estos nunca han sido lo suficientemente poderosos como para constituir “sociedades” completas o cerradas, pues siempre existen grietas y solapamientos intersticiales, de afuera y de adentro. Pero las sociedades nacionales, pueden existir sin ser cerradas ni completas, sino conflictivas, cambiantes y, como lo ha definido el mismo Mann, embrolladas y polimorfos. El problema que afronta Michael Mann es explicar a nivel teórico por qué existe unidad social en torno al Estado nación sin la existencia de una “sociedad”. En todos los casos, la sociología busca identificar regularidades y patrones que permitan explicar tanto la estabilidad como el cambio, reconociendo que estos procesos están sujetos a dinámicas de poder y a la agencia de los actores sociales.

873

Mann acepta que el Estado sea un lugar y un actor a la vez, pero un prerequisite es que pueda establecerse una unión covalente entre los distintos poderes. Que esas uniones en períodos de crisis cortocircuiten por motivos *inner* y *aussen*, que se asocien de diversa manera, que prevalezcan unos sobre otros o que finalmente cada una de sus racionalidades desemboquen en decisiones irracionales y resultados desastrosos, no niegan el sentido de su unidad. En conclusión, Mann parece debilitar en sus volúmenes 3 y 4, impactado por los cortocircuitos de la Guerra, el fascismo y la revolución, los fundamentos de su teoría del Estado expresadas en su volumen I y II y en su texto fundamental *El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados* (2020). Con su teoría de las relaciones ortogonales, el énfasis está puesto en la variedad de los poderes y sus materializaciones institucionales, antes que en el Estado en cuanto tal. Estaríamos ya en presencia de la teoría de Abrams,

para el cual el Estado no es la realidad tras la máscara de la práctica política, sino la máscara misma (Abrams, 1988, pp. 58-89).

## ***VI. Conclusión***

Mann realiza un aporte importante al rechazar tanto las explicaciones reduccionistas o las teorías sistémicas, proponiendo una perspectiva multicausal de las redes de poder social que da cuenta de la complejidad de las interacciones de poder en la historia.

Reconoce la autonomía de cada fuente de poder y su capacidad para interactuar y combinarse en diferentes contextos, lo que permite un análisis más matizado de las dinámicas sociales. Esto permite entender la autonomía del Estado en ciertas etapas históricas de manera situada, superando los análisis estructurales más abstractos.

Además, es un pionero en el uso de un enfoque sociológico histórico que permite entender las dinámicas sociales en relación con el contexto en que se dan.

Abordó temas de relaciones internacionales, analizando cómo el poder de los estados interactúa en un sistema global e influye al interior de las sociedades nacionales, a la vez que explora cómo las dinámicas de poder interno afectan las relaciones entre estados y el desarrollo de conflictos internacionales.

Pero, aunque los peligros de reificación y abstraccionismo denunciados por Mann son valiosos, no eliminan, teóricamente, la necesidad de pensar las regularidades sociales que ofrece una teoría de la sociedad. El sólo hecho de formular una teoría (incluso de alcance intermedio) presupone un cierto grado de atribución de fundamentos explicativos. Aunque la realidad histórica siempre excede los conceptos, no podemos aproximarnos a ella sin apelar a estos. La misma empresa de sociología histórica de Mann exige vascular entre un polo y otro, lo que presupone la existencia de ambos.

Mann afirma que las sociedades no son unitarias ni totalidades cerradas. Por ejemplo, menciona que las relaciones sociales no pueden reducirse a alguna propiedad sistémica de un todo, ya sea un modo de producción material, un sistema

cultural o normativo (Mann, 1991, p. 14). Pero al rechazar el concepto mismo de sociedad por temor a cualquier “ortodoxia sociológica”, socava metodológicamente la capacidad para entender las sociedades. Sin ir más lejos su modelo IMEP no deja de ser una teoría “generalizable” que probablemente oscurezca otras dimensiones de la explicación social. Pero el sociólogo siempre se arriesga a crear sombras detrás de los procesos que ilumina. De ellos saca más beneficios que pérdidas.

Naturalmente, la idea de una "sociedad" plenamente explicable, cerrada o completa, es ilusoria. Y el énfasis en la imposibilidad de un fundamento último implica “la creciente conciencia, por un lado, de la contingencia y, por el otro, de lo político como el momento de un fundar parcial y, en definitiva, siempre fallido” (Marchart, 2009, p. 15). Pero el sociólogo que es plenamente consciente de esta imposibilidad, no deja de pensar las acciones como estructuradas y estructurantes. En ese sentido, a mayoría de las llamadas “nuevas sociologías”, según la expresión de Phillipe Corcuff (1998), poseen una orientación más constructivista que apuntan a sostener esa tensión entre estructuras y contingencias, sin reclamo de solución. Este constructivismo supone un momento de-construcción de lo dado, natural, atemporal, homogéneo y/o necesario—, y un momento de reconstrucción, donde la investigación apunta a los procesos de construcción de la realidad social (Corcuff, 1998, pp. 20-21). El análisis de las sociedades nacionales, por ejemplo, puede ser especialmente útil para analizar fenómenos como el fascismo. Esto implica volver a colocar al Estado en el centro de la reflexión teórica, y dotarla de la unidad, provisoria, histórica, relativa, incluso imaginaria, pero unidad al fin que es estructurada y, a su vez, formatea la sociedad. Que la alemana puede ser considerada una “sociedad”, lo atestiguan las decenas de estudios sociológicos que han intentado explicar el nacimiento del nazismo en relación con las circunstancias de la crisis y de la derrota, como lo atestiguan los textos de Horkheimer y Adorno, Mosse, Norbert Elias, Bessel, Traverso y decenas de autores más.

## ¿Cómo se cita este artículo?

OROVITZ SANMARTINO, J. (2025). Contingencia y Determinación en la Sociología Histórica de Michael Mann. Los Casos de la Primera Guerra Mundial y el Ascenso del Fascismo. *Argumentos. Revista de crítica social*, (32), 848-879. [link]

## Referencias

Abrams, P. (1988). Notes on the difficulty of studying the state (1977). *Journal of Historical Sociology*, 1(1), 58–59.

Arrighi, G. (1999). *El largo siglo XX: Dinero, poder y los orígenes de nuestro tiempo*. Akal.

Block, F. (1987). *Revising State Theory. Essays in Politics and Postindustrialism*. Temple University Press.

Brué, P. (1973). *Revolución en Alemania (1917-1923)* (Tomo 1). Ediciones IPS.

Bryant, J. (2005). Grand, Yet Grounded: Ontology, Theory, and Method in Michael Mann's Historical Sociology. En J. Hall y R. Schroeder (Eds.), *An Anatomy of Power: The Social Theory of Michael Mann* (pp. 71-97). Cambridge University Press.

Bujarin, N. (1917/1971). *La economía mundial y el imperialismo*. Cuadernos de Pasado y Presente.

Collins, R. (2005). Mann's Transformation of the Classic Sociological Traditions. En J. Hall y R. Schroeder, (Eds.), *An Anatomy of Power: The Social Theory of Michael Mann* (pp. 19-32). Cambridge University Press.

Corcuff, P. (1998). *Las nuevas sociologías. Construcciones de la realidad social*. Alianza Editorial.

Fraenkel, E. (1941/2022). *El Estado dual. Contribución a la teoría de la dictadura. Estructuras y procesos*. Trotta.

Hall, J. (2006). Political questions. En J. Hall y R. Schroeder (Eds.), *An Anatomy of Power: The Social Theory of Michael Mann* (pp 33-55). Cambridge University Press.

Heiskala, R. (2016). The evolution of the sources of power, and some extensions. En R. Schroeder (Ed.), *Global powers: Michael Mann's anatomy of the twentieth century and beyond* (pp. 11–37). Cambridge University Press.

Hilferding, R. (1963). *El capital financiero*. Tecno.  
<https://www.marxists.org/espanol/hilferding/1909/capital-financiero.pdf>

Hobson, J. A. (1902/1981). *Estudio del imperialismo*. Alianza Editorial.

Jessop, B. (2015). *The State. Past, Present, Future*. Polity Press.

Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*. Siglo XXI.

Lenin, V. I. (1915/2020). *El socialismo y la guerra*.  
<https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/1915sogu.htm>

Lenin, V. I. ([1915]/2016). *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (esbozo popular). Fundación Federico Engels.  
[https://www.fundacionfedericoengels.net/images/PDF/lenin\\_imperialismo.pdf](https://www.fundacionfedericoengels.net/images/PDF/lenin_imperialismo.pdf)

Luxemburgo, R. ([1915]/2017). *La crisis de la socialdemocracia*. Akal.

Mann, M. (1991). *Las fuentes del poder social. Volumen I: Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 D.C.* Alianza Editorial.

Mann, M. (1997). *Las fuentes del poder social. Volumen II: El desarrollo de las clases y los Estados nacionales, 1760-1914*. Alianza Editorial.

Mann, M. (2003). *Incoherent Empire*. Verso Books.

Mann, M. (2004). *Fascists*. Cambridge University Press.

Mann, M. (2005a). *The Dark Side of Democracy: Explaining Ethnic Cleansing*. Cambridge University Press.

Mann, M. (2005b). The sources of social power revisited: a response to criticism. En J. Hall y R. Schroeder (Eds.), *An Anatomy of Power: The Social Theory of Michael Mann* (pp. 343-396). Cambridge University Press.

Mann, M. (2012). *The sources of social power volume III: Global empires and revolution, 1890–1945*. Cambridge University Press.

Mann, M. (2013). *The sources of social power volume IV: Globalizations, 1945–2011*. Cambridge University Press.

Mann, M. (2016). Response to the critics. En R. Schroeder (Eds.), *Global Powers Michael Mann's Anatomy of the Twentieth Century and Beyond* (pp. 281-322). Cambridge University Press.

Mann, M. (2020). El poder autónomo del Estado. Sus orígenes, mecanismos y resultados. En J. Sanmartino (Comp.), *La teoría del Estado después de Poulantzas* (pp. 187-220). Prometeo.

Marchart, O. (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy*, Lefort, Badiou y Laclau. Fondo de Cultura Económica.

Poulantzas, N. (1976). *Fascismo y dictadura. La III Internacional frente al fascismo*. Siglo XXI.

Poulantzas, N. (2005). *Estado, poder y socialismo*. Siglo XXI.

Poulantzas, N. (2012). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. Siglo XXI.

Prasad, M. (2016). Mann on neoliberalism. En R. Schroeder (Ed.), *Global powers: Michael Mann's anatomy of the twentieth century and beyond* (pp. 107–116). Cambridge University Press.

Saarts, T. y Selg, P. (2018). Mann and relational sociology. En F. Dépelteau (Ed.), *The Palgrave handbook of relational sociology* (pp. 325–343). Palgrave Macmillan.  
[https://www.academia.edu/37642942/Mann\\_and\\_Relational\\_Sociology](https://www.academia.edu/37642942/Mann_and_Relational_Sociology)

Seabrooke, L. (2002). *Bringing legitimacy back in to neo-Weberian state theory and international relations* (Working Paper No. 86). Department of International Relations, Australian National University. <https://openresearch-repository.anu.edu.au/server/api/core/bitstreams/7ec18bee-f7e2-4b4d-a528-bd116542814d/content>

Skocpol, T. (1985). Bringing the State Back In: Strategies of Analysis in Current Research. En P. Evans, D. Rueschemeyer y T. Skocpol (Eds.), *Bringing the State Back In* (pp. 3-37). Cambridge University Press.

Soifer, H. (2008). State infrastructural power: Conceptualization and measurement in empirical analysis. *Studies in Comparative International Development*, 43, 231–251.

Streeck, W. (2017). *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*. Traficantes de Sueños.

Tarcus, H. (Ed.) (1991). *Debates sobre el Estado capitalista*. Imago Mundi.

Trotsky, L. (1940). *Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial*. CEIP León Trotsky. <https://ceip.org.ar/Manifiesto-de-la-Cuarta-Internacional-sobre-la-guerra-imperialista-y-la-revolucion-proletaria-mundial>

Thwaites Rey, M. (Comp.). (2008). Complejidades de una paradójica polémica: estructuralismo versus instrumentalismo. En *Estado y marxismo: un siglo y medio de debates*. Prometeo.

Vacca, G. (1981). Lenin y occidente. En *La crisis del capitalismo en los años 20: Análisis económico y debate estratégico en la Tercera internacional* (pp. 38-67). Ediciones Pasado y Presente.

Weber, M. (2014). *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*. Fondo de Cultura Económica.